

llegó otro legado de Su Santidad, Monseñor Odescalco, portador de las gracias de cruzada á todos los aliados, con las mismas indulgencias concedidas en otro tiempo á los conquistadores de los Santos Lugares. Generales, capitanes y soldados, todos confesaron y comulgaron devotamente antes de dejar el puerto. El mal temporal los detuvo hasta el 16 de setiembre, día en que se desplegaron al viento á la vista de un genio innumerable tantas y tan vistosas velas y galardetes de tan variados colores, y comenzó á surcar las ondas aquella multitud de embarcaciones que conducian tan ilustres príncipes y tan famosos capitanes. Aquella misma noche prosiguieron su rumbo desde la Fosa de San Juan, y el 26 se hallaba el generalísimo con su armada en Corfú, de donde partió el 28 para la isla de Cefalonia con doscientas ocho galeras y seis galeazas ⁽¹⁾.

Sabíase que la armada turca, fuerte de doscientas galeras, se hallaba en el golfo de Lepanto. Habia don Juan de Austria convocado consejo de generales para deliberar dónde habrian de dirigirse, ya porque él tenia por política oír el parecer de todos, ya tam-

(1) Carta de don Juan de Austria á don García de Toledo, de Corfú á 28 de setiembre.—Documentos inéditos, tom. III. página 27.

Contarini y Torres Aguilera dieron una relacion nominal de todas las galeras y de los capitanes que las mandaban, así como del orden de marcha que llevaron. El señor Rosell la ha puesto entre los apéndices de su Memoria.—Se halla la relacion de la gente de guerra en el tom. III. de la Coleccion de Documentos inéditos, pág. 204 y siguientes.

bien por que así se lo había prevenido el rey su hermano, temeroso acaso de que el ardor de su juventud le precipitara á una resolución irreflexiva. No faltaron en el consejo quienes asustados ante el gran poder del Turco y recordando el desastre de los Gelbes, propusieran empresas que denotaban su timidez. Pero prevaleció el dictámen mas digno de ánimos levantados, el de ir á buscar al enemigo y combatirle, y escusado es decir que este fué el parecer, y esta la resolución de don Juan de Austria.

El 30 de setiembre se hallaba la armada cristiana en la Gumenizza. El 3 de octubre volvió á levar anclas, y el 5 dió fondo en Cefalonia, donde por un bergantín de Candía que trajeron los descubridores se recibió la triste nueva de la rendicion de Fama-gusta, del desastroso fin de sus defensores y de las iniquidades horribles cometidas por Mustafá. Lo primero contristó á todos, y muy especialmente á los venecianos, y lo segundo encendió los corazones en cólera y en deseo de vengar tamañas monstruosidades. Antes de amanecer el 7 mandó don Juan dar las velas al viento, y en pocas horas se hallaron las escuadras á la altura de siete isletas llamadas por los griegos Equinadas, y hoy nombradas Curzolares, frente á la costa de Albania. Una galera de Juan Andrea Doria avisó haber descubierto al doblar el golfo las velas de la armada enemiga, y don Juan de Austria, sin aguardar á mas, mandó enarbolar el estandarte de

la liga; y la vista de la sacrosanta enseña y el estampido de un cañonazo anunciaron al ejército cristiano la resolución y la proximidad de la batalla.

Habíase reforzado la armada turca en Lepanto con naves, vituallas, artillería y soldados sacados de la Morea y de Modon, en términos que no bajaban de doscientas cuarenta galeras y multitud de galeotas, fustas y otros bageles, y de ciento veinte mil sus hombres de guerra y de remo. Pertew-Bajá y Uluch-Alí, Asi como el pasciá de Alejandria y otros generales turcos, aconsejaban á Alí-Bajá que no empeñara el combate ni se aventurara á perder en una jornada las conquistas hechas en Chipre. Pero Alí, como general en gefe de toda la armada, desestimó su consejo como cobarde. Y era que un famoso corsario que disfrazado de pescador habia podido acercarse á reconocer las galeras cristianas, ó por alentar á los musulmanes, ó por que él no las viese todas, habia rebajado en mucho su número, y blasonaba el bajá de una victoria segura y casi infalible. Tambien los generales de don Juan, y entre ellos se cuenta á Andrea Doria, á Ascanio de la Corna, y el mismo Sebastian Veniero, se mostraban temerosos de entrar en la lid, y húbolos que calificándolo de temeridad avanzaron á decirle que convendria retirarse. «Señores, les dijo entonces el hijo de Carlos V., *ya no es hora de aconsejar, sino de combatir.*» Y prosiguió disponiendo el orden de la batalla. Y es que ademas del ardor de su sangre, au-

mentaba su confianza la noticia que le dieran de haberse desmembrado de la armada turca Uluch Alí el Argelino. Ambos gefes iban engañados y confiados; ambos contaban con el triunfo; ambos ansiaban con igual ardor la pelea; una fuerza misteriosa parece que los impulsaba, y es que la Providencia lo dispone asi cuando determina refrenar el ímpetu y humillar el orgullo de un pueblo, y desenlazar una crisis histórica por medio de una catástrofe sangrienta.

Corria don Juan de una en otra nave alentando á los cristianos. «Hijos, les decia con entero y sonoro acento á los españoles: á vencer hemos venido, ó á morir, si Dios lo quiere. No deis lugar á que vuestro arrogante enemigo os pregunte con soberbia impía: *¿Dónde está vuestro Dios?* Pelead con fé en su santo nombre; que muertos ó victoriosos gozareis la inmortalidad.» Y á los venecianos: «Hoy es dia de vengar afrentas: en las manos teneis el remedio de vuestros males: menead con brio y cólera las espadas.» Y el fuego de sus palabras inflamó de ardor bélico los corazones de todos los combatientes. Alí Bajá, que marchaba confiado creyendo tener á la vista toda la armada cristiana, siendo asi que la mayor parte de ella la encubrian á sus ojos las islas Curzolares, se quedó atónito cuando saliendo á alta mar descubrió todo su frente, y la multitud de velas y el orden admirable en que se estendian, y maldijo al fatal

corsario que le habia engañado. También don Juan comprendió haberse equivocado en cuanto al número de los bageles enemigos, y que no era cierto que hubiera desertado Uluch-Alí; conoció el trance peligroso en que se habia metido, pero se acordó de quién era, fijó los ojos en un Crucifijo que siempre consigo llevaba, los levantó luego al cielo, puso su esperanza en Dios, y decidió combatir con el presentimiento de vencer.

La fé verdadera suele no quedar defraudada, y el cielo comenzó á mostrársele ostensiblemente propicio, puesto que el viento, hasta entonces contrario á la armada cristiana, se volvió contra las proas de las naves de los infieles, dificultando las operaciones de estos, favoreciendo las de los cristianos y fortificando sus espíritus. Hizo don Juan, entre otras cosas, cortar los espolones de todas las galeras, comenzando por la Real que él montaba, lo cual, segun despues se vió, fué una providencia muy saludable.

Marchaban como de vanguardia seis galeazas venecianas. El ala ó cuerno izquierdo, compuesto de unas sesenta galeras, iba á cargo del proveedor Barbarigo: mandaba el derecho Juan Andrea Doria llevando un número casi igual de velas: en el centro de la batalla, que constituian sesenta y tres galeras, marchaba en su Real el generalísimo don Juan de Austria, llevando á sus dos lados á los dos generales de Roma y Venecia, Colonna y Veniero, y á la popa

al comendador mayor de Castilla Requesens, su lugarteniente. Constituian la retaguardia ó escuadra de socorro treinta y cinco galeras al mando de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. La armada turca, mas numerosa que la cristiana, formaba una media luna, dividida tambien en tres cuerpos. Mandaba el de la derecha el virey de Alejandria, Mehemet Siroko, con cincuenta y cinco galeras: el ala izquierda Uluch-Alí el de Argel, con noventa y tres; iban con noventa y seis en el centro ó batalla los dos bajaes Pertew y Alí, con su correspondiente cuerpo de socorro á retaguardia. De modo que correspondian frente á frente y cuerno á cuerno, y el estandarte del gran turco tremolaba á la faz del estandarte sagrado de la liga ⁽¹⁾.

Habia amainado el viento, las olas del golfo quedaron tranquilas, y el sol brillaba en un cielo azulado y puro, como si Dios hubiera querido que ningun elemento turbara la lucha de los hombres, que la naturaleza no pusiera obstáculo al combate que habia de decidir el triunfo de la cruz ó de la media luna. Si el reflejo que despedian las limpias armas, los resplandecientes escudos y bruñidos yelmos de los cristianos

(1) Foglietta, Parutta, Contarini, Torres Aguilera, Arroyo. Servia, y otros que han descrito la batalla.—Ferrante Caraccioli, conde de Bicari, que con su galera iba al lado de la de Quirini, da curiosos pormenores sobre la disposicion y suceso de la batalla en su obra: *I comentarii delle guerre fatte con Turchi*.—En la Memoria de Rosell, Apénd. VIII. y IX., se inserta la relacion nominal de las galeras y capitanes de ambas armadas.

deslumbraba á los musulmanes, tambien herian los ojos de los coligados los dorados fanales, las inscripciones de oro y plata de los estandartes turcos, las estrellas, la luna, los alfanges de dos filos que brillaban en los bageles de los almirantes otomanos. Por todo el ámbito que abarcaba la vista no se divisaban sino banderas y gallardetes de variados colores. Los dos ejércitos navales se contemplaron un breve espacio con mútua admiracion. Interrumpió aquel imponente silencio el estampido de un cañonazo que disparó la galera de Alí, á que contestó con otro la Real de don Juan. A las primeras detonaciones de la artillería que anunciaron el combate siguió pronto el clamoreo y los alaridos con que los musulmañes acostumbran á comenzar las batallas.

Chocó primeramente el ala derecha de los turcos mandada por el virey de Alejandría con la izquierda de los cristianos que guiaba el proveedor Barbarigo. Los venecianos peleaban á rostro descubierto, con la saña, el brio y el encono de quienes combatian contra los verdugos de sus compatricios. Habíaselas el genovés Doria con el argelino Uluch-Alí, el cual apresó la capitana de Malta y pasó á cuchillo á todos sus defensores, á escepcion del prior y otros dos caballeros, que acribillados de heridas se salvaron por contarnos entre los muertos. Bnsáronse con igual anhelo Alí-Bajá y don Juan de Austria, hasta el punto de chocar con terrible estruendo ambas galeras, pero

haciendo la artillería y arcabucería de la Real de España estrago grande en la gente de la del turco. Hízose general el combate, y revolviéronse entre sí las galeras enemigas. Blanqueaba el mar con la espuma que formaba el hervor de las olas; el humo que brotaba de los cañones y arcabuces oscureció el horizonte, haciendo noche en medio del dia, y las chispas que en su choque despedian las espadas y escudos parecian relámpagos que salian de entre negras nubes. Cruzábanse en el aire las balas y las flechas. Tragábase el mar los leños, cayendo revueltos turcos y cristianos, abrazados como hermanos con el odio de enemigos. Al lado de una nave que engullian las olas, devoraba otras el voraz incendio. Sobre un bagel turco se veia enarbolada una bandera cristiana, y encontrábase una galera de Castilla guiada por un comandante turco. Peleábase cuerpo á cuerpo despues de rotas las espadas; todo era estrago y muerte; la sangre llegó á enrojecer el mar. «Nunca el Mediterráneo, dice con exactitud y elegancia el autor de la Memoria sobre Lepanto, vió en sus senos, ni volverá á presenciar el mundo conflicto tan obstinado, ni mortandad mas horrible, ni corazones de hombres tan animosos y encrudidos.»

Con su jóven é incansable brazo meneaba don Juan de Austria sin cesar su acero, siempre en continuo peligro su persona: jóven parecia tambien en el pelear el anciano Sebastian Veniero: no desmentia

Colonna en el combate el ilustre nombre de su familia: mostrábase Requesens digno lugarteniente de un príncipe tan valeroso como don Juan: el príncipe de Parma acreditaba que corría por sus venas la sangre de Carlos V.: no arredraban al de Urbino las heridas que recibía; Figueroa, Zapata, Carrillo, todos los capitanes de la Real trabajaban con menosprecio de la vida como hombres avezados á los combates: cuando la Real se veía apurada, porque también Ali y Pertew-Bajá peleaban como héroes con sus genizaros, acudía don Alvaro de Bazan como si moviera sus galeras un rayo, y acuchillaba musulmanes y lo arrasaba todo, embotándose las balas en su rodela y escudo, y se movía como un torbellino, sin que entibiara su fuego ver hundirse á su lado bageles y caer sin vida capitanes. Cuando á Doria le tenía estrechado y en conflicto Uluch-Ali, allá arrancaba el marqués de Santa Cruz, dejando asegurada la Real, y rescatando la capitana de Malta daba desahogo al genovés, poniendo en afrentosa fuga al argelino.

Imposible es relatar las hazañas y proezas particulares de cada capitán y de cada soldado en esta lucha gigantesca en que los genizaros que se tenían por los más briosos guerreros del mundo, hubieron de convencerse de que había guerreros cristianos más esforzados, más audaces y más temerarios que ellos. Mas no podemos dispensarnos de hacer especial mención de un soldado de España, que postrado de fiebre

en la galera Marquesa de Andrea Doria, pero sintiendo en su pecho otra fiebre más ardiente, que era el fuego del valor y el afán de combatir, dejó el humilde lecho en que yacía, y pidió á su capitán le colocara en el punto del mayor peligro. En vano sus compañeros, en vano el capitán mismo intentaron convencerle de que estaba más para curar que para esponer su cuerpo. El soldado insistió, el soldado peleó con gallardía, el soldado fué herido en los pechos y en la mano izquierda, mas no por eso quiso retirarse, porque era máxima de este soldado, que las heridas que se sacan de las batallas son estrellas que guían al cielo de la gloria. Y prosiguió el tenaz soldado, y no hubo medio de hacerle retirar á ponerse en cura, hasta que terminó el combate de su galera, en que murió el capitán, que lo era Francisco de San Pedro. El lector comprenderá por qué entre tantas otras insignes proezas como ilustraron este combate, mencionamos particularmente la de este soldado. Porque el lector habrá adivinado ya que este soldado era *Miguel de Cervantes*, ignorado del mundo entonces por las armas, asombro después por las letras.

Más ya es tiempo de que nos acerquemos al término de tan furiosa pelea, que por algún espacio había estado dudosa. Ya los turcos habían sufrido una gran pérdida con haber caído al agua Pertew-Bajá, perseguido por don Juan de Cardona y entrada su galera por Paulo Jordan Urbino, teniendo el seraskier

que ganar á nado una barquilla en que huir. Mas no dieron los cristianos el grito de ¡Victoria! hasta que vieron á Alí-Bajá, despues de vigorosos y porfiados esfuerzos suyos y de los trescientos genizaros de su Real, caer sobre crujía herido de bala en la frente por un arcabucero de don Juan. Otro le cortó la cabeza, y la presentó al generalísimo de los cristianos, que con hidalga generosidad afeó y reprendió horrorizado la accion, y ordenó que semejante trofeo fuera arrojado al mar, si bien no pudo impedir que la cabeza del almirante turco fuera clavada y enseñada en la punta de una lanza ⁽⁴⁾. El grito de victoria de los cristianos resonaba por los aires y le llevaban los vientos hasta las playas. El último encuentro fué entre las galeras

(4) De esta circunstancia de haber sido clavada en la punta de una pica la cabeza de Alí parece dudar el señor Rosell en su Memoria, fundado en que nada dicen los testigos del combate. Pero Caraccioli, que fué uno de ellos, lo espresa así en sus «Commentarii delle guerre fatte con Turchi,» p. 39.

Hé aquí sus mismas palabras: «Duro l'ardor della battaglia un' hora é mezzo, quando la galea del Basciá fu presa dalla Reale di Don Giovanni; ove entrarono i soldati e ritrovarono Alí ferito d'un' archibugiata, il qual parlando italiano dicera: andate á basso che vi sono denari,» é diciendo alcuni che quell' era il Basciá, un soldato bisogno spagnolo andó per occiderle, e gli per disviarlo vé placarlo insiememente li disre,

» piglia questa storta (la qual era di gran prezzo), ma non gli giuarone le buone parole: perchio che colui senza compassione alcuna gli mozzo il capo, e subito si gitto á nuoto, portandolo á don Giovanni, con pensiero di portar alcuna cosa gratissima, dalchele con dispiacere gli fu risposto che vuoi ch'io faccia di cotesto capo? hor gettalo in mare; con tutto cio per ispatio d'un hora stalle fisso in una punta di picca alla poppa. Il dispiacere che hebbe don Giovanni per la morte di costui (poiche gia essendo cautivo si doveva conservare) se acrebbe ancora intendendo da tutti christiani liberati dalla catena la bontá e humanitá di tol'huomo e principalmente verso christiani.»

de Uluch-Alí y las de Andrea Doria; mas habiendo llegado don Juan, apresuróse á huir el virrey de Argel con cuarenta bageles que pudo salvar del universal destrozo, con tal precipitacion que ni el príncipe, ni Juan Andrea, ni don Alvaró de Bazan pudieron darle caza, bien que su gente pereció casi toda, ó tragada por las olas al saltar azoradamente á tierra, ó acuchillada entre las breñas por los venecianos.

Perdieron los turcos en este memorable combate doscientos veinte y cuatro bageles; de ellos ciento treinta quedaron en poder de los cristianos; mas de noventa se sumieron en las aguas ó fueron reducidos á pavesas por el fuego: cuarenta solamente se salvaron: murieron en combate veinte y cinco mil turcos; quedaron cautivos cinco mil: tomáronles los coligados ciento diez y siete cañones gruesos y doscientos cincuenta de menor calibre: mas de doce mil cristianos que llevaban cautivos y como remeros los musulmanes vieron rotas sus cadenas y recobrada su preciosa libertad. Tambien los cristianos tuvieron pérdidas lamentables: murieron cerca de ocho mil valerosos guerreros y marinos; de ellos dos mil españoles, ochocientos del pontífice y los restantes venecianos ⁽⁴⁾. Quince so-

(4) Los principales capitanes que murieron fueron: don Bernardino de Cárdenas, su sobrino don Alonso, don Juan de Córdoba, Agustín de Hinojosa, don Juan de Miranda y don Juan Ponce de Leon.—De los venecianos, Agustín Barbarigo, Benito Lozano, Marino y Gerónimo Contarini, Marco Antonio Lando, Vicencio Quirini, Andrés y Jorge Barbarigo, y algunos otros: el gran bailio de Alemania el conde de Briatico, napolitano, y otros muy valerosos, aunque de menos nombre.

los bageles se perdieron. En cambio los fanales de oro, las banderas de púrpura bordadas de oro y plata, las estrellas y la luna, las colas del bajá, fueron preciosos trofeos que recogieron de la batalla los aliados.

Tal fué en resúmen el famoso combate naval de Lepanto, el mas famoso de que se hace memoria en los anales de los pueblos, por el número de velas, por el esfuerzo y valor de los combatientes, por la destruccion tan completa de una armada tan formidable como la otomana. Los genizaros dejaron de ser invencibles, y la Sublime Puerta debió perder su supremacía en el Mediterráneo (1). Asi hubiera sido si los vencedores hubieran sabido sacar todo el fruto de la victoria, y no hubieran obrado con el desacuerdo y la negligencia que luego veremos. Don Juan por lo menos significó su deseo de acometer alguna empresa que acabára de aterrar y amilanar á los turcos: pero tratado el asunto en consejo, como él acostumbraba, dividiéronse, como solian tambien, los pareceres, y aunque al fin se determinó sitiar la fortale-

(1) Son muchas las relaciones que hay y hemos visto de esta memorable batalla. Cotejadas las de los italianos Contarini, Foglietta, Caraccioli, Parutta, Diado, Gratiani y otros, con las de los españoles Herrera, Torres y Aguilera, Serviá, Vander Hammen, Cabrera, con las manuscritas de la Biblioteca nacional, del Archivo de Simancas, y de los de Villafranca y Osuna, é insertas en el tomo III. de la Coleccion

de Documentos inéditos, con las del mismo Hadschi-Chalfa, citado por Hammer en la Historia del Imperio Otomano, etc., todas convienen en lo esencial de los sucesos, y solo varian en cuanto á algunos incidentes y circunstancias accesorias, asi como en las cifras de naves, soldados, bajas de cada ejército, etc, como acontece siempre en las relaciones de sucesos de esta naturaleza.

za de Santa Maura (la antigua Leucadia), ni siquiera hubo perseverancia para esto, y se mudó de propósito considerando la empresa los enviados á reconocer el fuerte como mas lenta y difícil que útil y provechosa. Solemnizaron, pues, los vencedores su triunfo con una festividad religiosa (14 de octubre), y se acordó en consejo que cada gefe de los aliados se retirara á invernar con su respectiva escuadra. Resolucion funesta, que equivalía á malograr el mas insigne de los triunfos, dando espacio á los enemigos para rehacerse y no dejando siquiera donde hacer pié para lo que hubiera de emprenderse mas adelante. Distribuyóse, pues, la presa, segun lo pactado en la liga, y comenzaron á dividirse las escuadras (24 de octubre), tomando la vuelta de Italia. Partió don Juan con la suya el 28 de Corfú, y el 31, despues de vencer reacios temporales, se halló de regreso en Mesina, donde supondriamos, aunque las historias no nos lo dijeran, el entusiasmo y el júbilo y la magnificencia con que sería recibido y agasajado.

En Venecia se consagró una capilla particular de la iglesia de San Juan y San Pablo á perpetuar la memoria de la Santa Liga y el gloriosísimo triunfo de Lepanto. El cincel de Victoria y el pincel de Tintoretto recuerdan todavía aquel gran suceso con obras de que puede envanecerse la antigua reina del Adriático; la fachada del arsenal se decoró con esculturas alusivas al mismo asunto, y el senado decretó que

el 7 de octubre se solemnizara todos los años como fiesta religiosa y política.—En Roma hizo Marco Antonio Colonna una entrada semejante á las de los antiguos triunfadores, subió al Capitolio, consagró una columna de plata al altar de Nuestra Señora en la iglesia de Araceli, y á él le fué erigida una estatua de mármol. El papa Pio V., el gran promovedor de la liga, exclamó llorando de alegría y aplicando á don Juan de Austria las palabras del Evangelio: *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes*.—En la corte de España, donde llegó la noticia por la embajada de Venecia antes que por don Lope de Figueroa, á quien don Juan había despachado al efecto, produjo también unánime alborozo. Comunicósele al rey en el Escorial el caballero de su cámara don Pedro Manuel, en ocasión que S. M. rezaba las vísperas de Todos Santos en el coro bajo de la iglesia provisional (que ni el templo ni el coro principal estaban todavía concluidos), y continuó el rezo con impasible serenidad, sin alterarse ni demudarse, hasta que se acabaron las vísperas: luego mandó al prior Fr. Hernando de Ciudad-Real que estaba á su lado, que en acción de gracias por la nueva que acababa de recibir se cantara el *Te Deum* ⁽¹⁾.

(1) Memorias del monge fray Juan de San Gerónimo.—Tom. III. de la Colección de Documentos, página 256.

Son infinitos los monumentos y recuerdos que las letras y las ar-

tes han dedicado á celebrar la victoria de Lepanto y á ensalzar al afortunado príncipe que mandaba las fuerzas de la liga. Entre los primeros podemos contar la Austriada de Juan Rufo, el Poema

A pesar de tan justo entusiasmo, indicamos antes que la victoria, tan gloriosa y tan grande como fué, estuvo lejos de producir el fruto que hubiera sido de desear, ni aun el que se hubiera podido recoger. Los sucesos nos lo irán demostrando, y las causas se irán descubriendo.

Pasada la primera impresion de asombro y de consternacion que causó en Constantinopla el desastre de Lepanto, recobróse el sultan Selim, y merced á los consejos y á los esfuerzos del gran visir y del gran muftí no tardó en demostrar al mundo que los recursos de la Sublime Puerta no se habian agotado, ni enflaquecido tanto como podia pensarse su poderío. En el inmediato diciembre Uluch-Alí con las galeras que habia podido salvar, y con las que pudo recoger de los puertos del Archipiélago, juntó hasta ochenta y siete velas, con las cuales entró en Constantinopla,

de Geronimo Corte Real, el Canto XXIV. de la Araucana de Ercilla, otro poema latino de don Antonio Agustin, otro de don Pedro Manrique, la Historia poética de Juan Puyol, una Descripción de la Guerra y Batalla, por Ambrosio de Morales, varios Romances sobre la Liga y la Batalla, y otras muchas obras en prosa y verso; y sobre todo, el célebre canto de Fernando de Herrera:

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció d'el ancho mar al Trace fiero....

Pertenecen á los segundos, el famoso cuadro del célebre Tiziano, representando la victoria de la liga, que se halla en el Real Museo de esta corte, la medalla que se acuñó en memoria del combate, y existe en el Museo Numismático de la Biblioteca Nacional, los altares, mesas, estatuas, cuadros, etc. que se conservan en España, en Roma, en Mesina, en Venecia y en varias otras ciudades de Italia. Y todavía se enseñan en la Armería Real de esta corte, entre varios objetos de la batalla, el casco de Ali y las armas de don Juan de Austria.